

rándose para sorprender á Leiden; pero los que entraron en inteligencias con él son ejecutados por justicia. Enemistase luégo con los delegados de los Estados y sale en fin de Holanda odiado de todos sin distincion de nacionalidad y dejando á los jefes de los diversos destacamentos «en vísperas de manejar los puñales unos contra otros» (1).

Alejandro Farnesio acababa de heredar el ducado de Parma por muerte de su padre: Felipe II le manifestaba una confianza bastante excepcional para retirar la guarnicion española que la ciudad de Plasencia habia tenido durante todo el reinado de Octavio Farnesio. Príncipe soberano en Italia y señor absoluto en los Países Bajos, Alejandro Farnesio acababa de darse á conocer como el primer hombre de guerra de su tiempo.

El momento en que un hombre consuma la más señalada de sus hazañas es aquel en que comienzan sus faltas. Despues de los prodigios del sitio de Amberes y de las humillaciones

impuestas á Leicester, pareció como que temia Alejandro tentar de nuevo á la fortuna. Puede tambien creerse que los encantos de la hermosa Francelina no fueron extraños á esta apatía.

Francisca de Renty, llamada la hermosa Francelina, se habia casado en 1586 con Juan de Grave, baron de Inchy (2): su marido, su suegro (3), todos sus parientes obtuvieron empleos lucrativos, negocios de víveres, bienes confiscados (4). Pero hay que reconocer tambien que absorbian á Farnesio dos cuidados: las negociaciones con Isabel para simular una amistad que le cerrara los ojos sobre los preparativos de invasion, y el trazado de los caminos y canales que permitian concentrar rápidamente el ejército español hácia los puertos de Esclusa, Amberes y Dunkerque para embarcarlo en una escuadra. En efecto, Felipe II se decidia en aquel momento á ejecutar lo que venia meditando espacio de treinta años, la conquista de Inglaterra.

CAPÍTULO IX

LA ARMADA INVENCIBLE

1586—1588

PROYECTO DE INVASION CONTRA INGLATERRA.—EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.—
EL DUQUE DE MEDINA-SIDONIA.—PREPARATIVOS EN INGLATERRA.—LA BATALLA DE DIEZ DIAS.—
LOS VIENTOS Y LOS MARES.—EL DUELO EN ESPAÑA

I.—Proyecto de invasion contra Inglaterra

Felipe II, el rey prudente, no confiaba el cuidado de vengar sus afrentas ni al duque de Guisa ni aún á Alejandro Farnesio. Tenia en poco verdaderamente á la marina inglesa, que á su parecer (5) no podia armar más de cuarenta navíos, ni sus marineros tenian mucho crédito de valientes por la falsa opinion que suponía haber sido ellos los primeros que huye-

(1) Palma Cayet. El 14 nov. 1587.

(2) Sobrino del Inchy que fué expulsado de Cambray por Francisco de Valois.

(3) El conde de Beaurieu que entregó la plaza de Breda á Alejandro en 1581.

(4) Las *Memorias de Champagney*, pág. 259, 293 y 294, hacen alusion á la influencia de esta mujer sobre Alejandro Farnesio.

(5) Cabrera, tom. I, p. 225.

ron del combate de San Miguel entre las dos escuadras de Santa Cruz y de Strozzi (6). Se ha visto que la escuadra inglesa, al contrario, no habia arribado aún á las Azores el día de la batalla; pero la idea de que se la habia derrotado inspiraba una presuncion que no desvanecian las hazañas de Hawkins y Drake. ¿Cómo habian de poder luchar contra la primera marina del mundo unos corsarios que saqueaban las ciudades indefensas ó los buques mercantes armados á la ligera? Los vencedores de Lepanto no se dignaban perseguirlos en todos los mares; era mejor exterminarlos en su propia guarida. Pero ya aquí no sentia Felipe II

(6) Cabrera, t. I, p. 225. «No eran tan bravos que no huyeran los primeros en la batalla que venció el marqués de Santa Cruz.»

tanta confianza. Habia vivido en Inglaterra bastante tiempo para poder apreciar el espíritu patriótico y presentir la obstinada resistencia de la nacion. Comprendió la necesidad de armar con paciencia contra la reina herética todas las fuerzas de la Europa catolica: devoró las afrentas, dejó entrar á saco sus colonias, robar sus galeones, despedir á su embajador, favorecer á los rebeldes de Holanda... sufrió todos los ultrajes con longanimidad.—El papa Sixto V, le escribia Olivares, su embajador en Roma (1), se resiste á creer que no prepareis la guerra, pues se mira aquí la venganza como el primer deber.

«Sin un puerto (en Holanda) no se puede hacer nada,» decia Felipe II (2), y se limitaba á fomentar la turbacion entre los ingleses, alentando los sueños del duque de Guisa y las conspiraciones de Mendoza, y á acumular silenciosamente inmensos armamentos en sus puertos esperando la hora propicia.

Alejandro Farnesio creía, como Felipe II, que bastaba salir de un puerto de la Mancha para desembarcar infaliblemente en Inglaterra. «Nunca, decia el rey (3), nunca la reina pudo armar más de cuarenta navíos; y cuando bien armase doscientos baxeles, son más aptos para el corso que para batalla real... ni tampoco se debía afirmar que sus atrevimientos son particular valor, pues que cuando presentaron la batalla al marqués de Santa Cruz en la isla de San Miguel, los primeros que huyeron fueron los navíos ingleses.» Si pues la reina acepta la lucha en la mar, «se tiene por la parte católica la victoria por segura;» si quiere defenderse á la vez por mar y por tierra, «es la peor resolucion,» como quiera que tendria que dividir sus fuerzas; si espera en tierra firme, «hago tomar el primer puerto que pudiesen y echar el ejército en tierra, advirtiendo que siempre habian de yr navíos de Flandes y de España con las cosas necesarias, sin pensamiento que hubiese

(1) 9 de setiembre 1586. «No creerlo en ninguna manera por la veneracion en que acá es tenida la venganza.»

(2) A Alejandro Farnesio, 29 diciembre 1585.

(3) El texto es citado por Herrera, t. III, p. 65. «Los primeros que huyeron fueron los navíos ingleses.» Creo que Cabrera ha copiado aquí simplemente á Herrera. La segunda parte de la historia de Cabrera no es más que una compilacion. A veces introduce en su narracion frases tomadas de antiguos autores que no tienen relacion ninguna con el asunto. Así, hablando Cabrera (tom. III, pág. 15) de los hombres que el marqués reclutó en los muelles de Sevilla para la segunda expedicion á las Azores, los califica así: «Viciosos, corrilleros, pendencieros, tahures, que hacen de las mujeres mundanas ganancia particular y se mueven por el humo de las viandas,» copiando esta frase de un manuscrito de Mendoza sobre la *Guerra de Granada*, donde se aplicaba á los voluntarios de Sevilla en la guerra contra los moriscos.

que temer de los enemigos despues de rotos.»

He aquí el plan de Farnesio. Pero el detalle en que más insiste es el que parece no haber comprendido Felipe II: repite sin embargo muchas veces Farnesio que el primer acto es desembarazar la mar, porque es el medio de asegurar la victoria al ejército de tierra. Aquí comienza ya el error: Farnesio no tiene la pretension de afrontar los navíos, aún tenidos en poco, de Drake y Hawkins con sus barcos chatos de los canales interiores de Holanda: que se despeje la Mancha y pasará. Pero no se encarga de asegurar la libertad de la mar. Una escuadra preparada en España debe ante todo procurar la seguridad en la Mancha y sus transportes desembarcarán en seguida el ejército, los cañones y los víveres en la costa inglesa. Fué la idea de Napoleon en el campo de Boloña: tenia buques para embarcar el grande ejército, pero la marina de guerra debía ántes asegurar el paso. Felipe II comprende que Farnesio podria con sus solos recursos operar una invasion en Inglaterra: está engañado en cuanto á la poca valía que concede al poder naval de Isabel; entiende que su escuadra de España será un refuerzo, miéntras segun Farnesio, debe ser el primer cuerpo de ataque, el que abra el camino.

Este error se explica. El designio de Farnesio hubo de embrollarse en el espíritu del rey con la masa de discusiones, memorias, contra-proyectos en que fué envuelto. No se contenta Felipe con los consejos ó dictámenes de la Junta de noche; tambien interroga á Don Juan de Zúñiga que quiere casar al archiduque Alberto, cardenal y todo, con la reina Isabel (4); pide notas á Don Hernando de Toledo, el bastardo del duque de Alba (5), hombre algo sujeto á la cólera, grave, justo (6), que ha reemplazado á Requesens como comendador mayor de Castilla, pero que tiene tambien sus planes propios y recomienda la desconfianza respecto de Farnesio: Farnesio es un príncipe soberano y acaso pretenda ser rey de Inglaterra. Del Padre Santo hay que desconfiar tambien. «Al papa sacar promesa de ayuda sin declararle el tiempo por respeto del secreto, y porque quizá así prometerá más pensando que no ha de haber efecto.» Sixto V, sin embargo, no es aliado de desdeñar. Se sabe que no pára de acumular monedas de oro en el castillo de

(4) Gachard, *Corresp. de Felipe II*, t. II, Prólogo, p. 79.

(5) Herrera, t. III, p. 61.

(6) Cabrera, t. III, p. 247.

San Angelo (1). Si cuenta con este tesoro para emancipar á Italia, una prudente política exige que se confisque esta fuerza en provecho de la expedición contra los protestantes ingleses. Pero el papa no dará su oro, si no se le comunican los proyectos, y apenas los conoce «cuando el gusto que mostraba se le ha resfriado con el dolor del dinero» (2). Dar un millon que se le pide «sería un monstruo de natura» (3). En vano se renuevan las instancias (4): su mal humor aumenta la turbación en el ánimo de Felipe II. «S. S. estuvo muy irritado «colericísimo en la mensa, tratando mal de palabras á los que le servían y meneando con gran furia los platos» (5).

Y así las incertidumbres, las inquietudes, las sospechas desvían la atención del rey, hacen olvidar las condiciones puestas por Farnesio (6) y destierran tan vivamente los hábitos de contemporalización que de repente, al saber Felipe la toma de Esclusa, escribe á Farnesio con una especie de fiebre (7): «Aunque no dexo de ver lo que se aventura en navegar con gruesa armada en invierno, y por esse canal, sin tener puerto cierto, ya el tiempo plazerá á Dios, cuya es la causa, darle bueno... No demoreis (8). Ved si hubiese de caer todo en vacío ¿qué es que quedaríamos? Viendo buena ocasión (9) procurais de no perdella, aunque no haya llegado la armada.»

No debe darse exagerada importancia á este primer error ó mala inteligencia. Bien que al parecer creyera inútil la escuadra de España; bien que en diciembre se imaginara que Farnesio debía estar en marcha hácia Londres (10), Felipe II no cesó un instante de acumular los preparativos. Pero este mismo cuidado de prevenir todas las eventualidades, obliga á investigar las menores faltas en una empresa tan admirablemente combinada. La idea aceptada desde el principio como incontestable de que, ántes de toda tentativa, se debía tener un puerto en Holanda, debió de contribuir á engañar á Felipe sobre el papel de Farnesio. En vez de hacer salir la armada de España en la pri-

(1) Herrera, t. III, p. 164.

(2) Olivares á Felipe II, Roma 24 de enero.

(3) *Ibid.* del 2 de marzo.

(4) Ms. Bibl. nac. fond. español. 185, fol. 170.

(5) Carta de Olivares del 30 de junio.

(6) Las notas de Farnesio se dan también extractadas por Motley, *the United Netherland*, y por Hosack, *Mary queen of Scots*, tom. II, pág. 331.

(7) Carta del 4 de set. de 1587.

(8) *Ibid.*

(9) Carta del 14 de noviembre 1587.

(10) Carta del 11 de diciembre 1587.

mavera de 1587, se esperó á la toma de Esclusa, con lo que se perdió un año. Si en vez de pasar el verano en las dunas y en los pantanos de Esclusa, se hubiera concentrado el ejército de Farnesio en Dunkerque ó en Amberes, hubiera podido embarcarse aquel mismo verano, luégo que hubiera sabido que la escuadra de España ocupaba la Mancha. Era la idea más sencilla; pero Felipe prefería siempre las combinaciones complicadas: creyó prudente ocultar sus proyectos y comprar el misterio con la pérdida de un año; se imaginó que Isabel sospecharía el amago, si los soldados de Farnesio se agrupaban al rededor de los barcos chatos en Dunkerque ó en Amberes, y que al contrario supondría ingenuamente que en Esclusa se tenía únicamente la intención de acabar la conquista de Holanda. Para engañarla con más seguridad, hasta ingenió Felipe enlazarla á una red de fraudes diplomáticos: algunos genoveses circularon entre Londres y Bruselas (11), é hicieron cundir el rumor de matrimonios respecto de Isabel, y de alianzas indisolubles. Farnesio, que conocía la avaricia de la reina, sabía aconsejarle por medio de estos genoveses que no se arruinara en armamentos inútiles, y obsequiaba grandemente á los que Isabel le enviaba; por señas, escribe uno de ellos (12), que estando á la mesa en casa de Champagney quise corresponder de muy buen grado á un lisonjero brindis que echó á la salud de la reina, y el día siguiente estuve muy malo de la cabeza.»

II.—El Marqués de Santa Cruz.

El único hombre que parece haber comprendido á Farnesio es Santa Cruz.

Don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, era capitán general de las escuadras de España en el Océano: sus hazañas contra los moros de la costa de Africa, la inspiración que le hizo allegar la reserva en el momento decisivo de la batalla de Lepanto, y sobre todo su victoria sobre Strozzi, lo hacían considerar como el primer hombre de mar de la época. Altivo y cruel, mandaba degollar á sangre fría á los prisioneros y llevar á las cautivas, como un argelino, á los mercados.—Traigo cuarenta y cuatro hermosas esclavas, escribía de vuelta de las

(11) Grafigna y Pallavicini eran genoveses; el otro agente, Andrés de Loo, debía de ser flamenco, pero escribía en italiano.

(12) De Loo á Cecil, Rec. of. 26 setiembre 1587. «A tal segno che tenendoci il Sr. de Champagney a cena, con farli raggione di buon cuore d'un gran brindisi che fece alla sanità di sua Sacra Maestà, mi dolse la matina seguente bravamente la testa.»

Azores (1), y voy á ponerlas en venta. Tenía el alma de los bárbaros conquistadores de América, alma de otro siglo, llena de desprecio para con los cortesanos, desviada de los mezquinos espíritus que rodeaban al rey. Su gloria, que había embriagado un momento el patriotismo, no avivaba ya más que la envidia: ante el rudo marino, los secretarios de los consejos, los redactores de protocolos, los empleados todos sentían su inferioridad, sembraban las sospechas, suscitaban las dificultades. En la cábala figuraban con los secretarios Andrés de Prada y Andrés de Alba, con Rodrigo Vazquez de Arce, Don Pedro de Velasco, capitán de guardias (2), Don Alonso de Leiva y el conde de Fuentes (3), y creían agrandar al amo empequeñeciendo al hombre que sobrevivía solo al rebajamiento de los caracteres. Modificaban sus instrucciones, lo rodeaban de pícaros que lo defraudaban en la cantidad de pólvora que ponían á bordo y le daban por buenas, provisiones averiadas (4).

Entre tanto, Italia entera es puesta á contribución: el conde de Miranda, virey de Nápoles, el conde de Alba, virey de Sicilia, el duque de Terranova, gobernador de Milan, dirigen á los puertos de España toda su infantería, municiones, navíos, armas, galleta (5).

Los españoles son los hijos legítimos de la gran marina de vela: sus términos náuticos se han impuesto á nuestros marineros: amainar, largar, cargar, estivar, aparejar, tomar rizos, gabiero, castillo de popa, son palabras españolas. La confianza en el genio del almirante, el honor de restablecer la fé católica entre los herejes, la embriaguez de una empresa grandiosa habrían suscitado el entusiasmo nacional, si Felipe II no hubiera roto ya todos los resortes: la gloriosa marina de los conquistadores del nuevo mundo va á sufrir un ultraje que puede hacer apreciar la profundidad á que se había ya bajado en esta decadencia.

A las seis de la tarde del 29 de abril de 1587, frente á la rada de Cádiz cuajada de galeras, de barcos de vela, de cañones y soldados, aparecen veintiocho buques sin bandera. El temerario que va á arrostrar así á Felipe II en lo más recio de sus armamentos es Francisco

(1) *Doc. inéd.* tom. LI, pág. 315.

(2) Herrera, t. III, p. 93.

(3) Cabrera, t. III, pág. 261.

(4) Herrera, t. III, p. 164. Tales fueron los escándalos, que se mandó á Don Diego de Armenteros del Consejo de Indias hacer una información para que «los culpados no quedasen sin castigo.»

(5) *Ibid.* tom. III, pág. 69.

Drake. Entra á velas desplegadas y ancla en el Puntal. Las mujeres huyen del teatro, donde se representaba una comedia, se precipitan á la ciudadela, bajo cuya bóveda perecen sofocadas quince de ellas (6). Bajo el fuego de los cañones de las galeras y los fuertes, queman los ingleses ó echan á pique treinta navíos, desfondan los toneles de vino acumulados en el muelle, incendian los haces de forraje, los trigos, la galleta, los frutos secos... «La artillería de los españoles, decían los piratas (7), nos molestaba un poco, pero no dejaba de ser un gracioso espectáculo para nosotros.» En dos noches destruye Drake más de diez mil toneladas de mercancías, abastece su flota, carga sus prisioneros y desaparece.

Muéstrase osadamente cerca de Lisboa, quema cien navíos en el Tajo y se desvanece de nuevo. Se desembaraza de los prisioneros hechos en Cádiz entregándolos á los marroquíes (8), despues hace rumbo hácia las Azores y «cosa asombrosa, apresa el galeon *San Felipe* que venía de las Indias con grande y rico cargamento y lo remolca á Inglaterra» (9). La venta de las mercancías del *San Felipe* produce cincuenta mil libras esterlinas para la reina y seis mil para Drake (10) «y creo, escribe el embajador francés (11), que el navío vale tres ó cuatrocientos mil escudos más de lo que dicen, porque las cosas secretas como la pedrería, que no está registrada por no pagar los derechos, montan siempre mucho.»

Para perseguir al inglés se necesita permiso del rey: pedirlo, esperar que se discuta, redacte, corrija y libre, es perder dos meses y medio. Hasta el 16 de julio, quince días despues del regreso de Drake á Londres, no puede hacerse á la vela Santa Cruz para darle caza. Su escuadra recorre los mares, es batida por las tempestades y vuelve en fin á Lisboa. Tomá á bordo las tropas que ha de conducir á Inglaterra, espera órdenes y agota los víveres. Los soldados se aburren, riñen con los marineros, son atacados del escorbuto. Muy luégo es pre-

(6) Cabrera, t. III, p. 247; Herrera, t. III, p. 67.

(7) Hakluyt, tom. II, 2.ª parte, pág. 21. «Was a pleasant sight for us to behold.»

(8) Motley, t. II, p. 283. Probablemente los cangeó con cautivos ingleses.

(9) Cabrera.

(10) Ms. Arch. nac. K. 1565, pieza 121. Bernardino de Mendoza al rey, 28 nov. 1587. «La venta del navío de espezería de la India que tomó Drake se avia concluydo en 50 M. libras esterlinas para la Reyna, y 6 M. para el almirante...» Véase también una memoria en latin, *ibid.* K. 1564, pieza 135.

(11) Longlée á Villeroy, 28 julio 1587, Ms. Bibl. nac. franc. 16110, pág. 81.

ciso desembarcar la infantería para que se refresque un poco (1), pero ya las compañías estaban muy mermadas (2). Felipe II comienza á extrañarse al través de las ruedas, cuyo complicado movimiento ha imaginado, y pierde la paciencia. ¿Por qué no está ya Farnesio en Inglaterra?

—No tengo dinero para pagar á mis tropas, contesta Farnesio; el poco que me llega de España sufre el quebranto de diez y seis por ciento; mis *pleytas* ó trasportes están bloqueados en la Esclusa ó en el Sas de Gante por ciento cuarenta barcos de Zelanda; mis soldados sucumben de enfermedades en medio de las dunas. Siempre ha estado convenido que yo esperaría al marqués de Santa Cruz: si me dais hoy (3) la orden de pasar sin él el estrecho, ni el cuidado de mi honor, ni el deber de no arriesgar mi ejército me impedirán obedecer; pero aguardo una orden formal. Creo que la escuadra del marqués es necesaria y que debe venir íntegra.

En efecto, ¿qué espera Santa Cruz? preguntan sus enemigos. Sabe que Velasco, el capitán de guardias, acaba de ingresar en el consejo de la guerra (4) para hacer constar su impotencia enfrente de Drake, la mortalidad en sus navíos, su inacción. Esta minado por el trabajo, por los cuidados, por las acusaciones; inflámase su sangre y la fiebre lo consume (5). Muere en Lisboa (6) «de calentura continua, de cuya pérdida no pueden menos de sufrir perjuicio el ejército de mar y algun retraso los designios del rey, como quiera que no se encuentran por acá hombres para el cargo que él desempeñaba; fuera de que estaba acreditado entre la gente de guerra y de mar por su fortuna, larga experiencia y valor.»

III.—El duque de Medina Sidonia

En la hora de tan formidable crisis, dejó pasar Felipe II más de cinco semanas ántes de elegir el almirante que debía reemplazar á Santa Cruz. Por fin nombró al duque de Medina Sidonia (7).

(1) Longlée á Enrique III, Ms. Bibl. nac. franc. 16110, fol. 87, del 25 dic. 1587.

(2) *Ibid.* fol. 89, del 10 de enero 1588.

(3) Carta del 31 de enero de 1588.

(4) Herrera, tom. III, pág. 93.

(5) Herrera, t. III, p. 93. «Le davan moyno y podrido de tanta pena.» Leo moyno por mohino, que en el juego se llama aquel contra quien van los demás que juegan. Véase también Cabrera, t. III, pág. 261. «Apretado con el trabajo y cargos injustos.»

(6) Longlée á Enrique III, Ms. Bibl. nac. franc. 16110, fol. 93, del 13 febrero 1588.

(7) *Doc. inéd.* tom. XXVIII, pág. 378. El nombramiento tiene la fecha del 21 de marzo de 1588; el marqués de Santa Cruz murió el 9 de febrero.

El nuevo capitán general del mar Océano, Don Alonso Perez de Guzman el Bueno, sétimo duque de Medina Sidonia, tenía treinta y ocho años (8). Había sido gobernador general del Milanesado, y despues de Andalucía. Era hombre exacto, hecho al rigor de la etiqueta, intimidado por la desgracia de su suegra la princesa de Eboli (9). Era un administrador bastante bueno para haber merecido en otro tiempo los plácemes del cardenal Granvela (10). Las instrucciones de que fué provisto cuando recibió el mando de la armada (11) eran estrictas, dictaban reglas de conducta para todos los casos previstos y no le permitian ninguna iniciativa. Le recomendaban repartir equitativamente las presas (12) y añadían (13): «Especialmente habeis de tener mucha cuenta con que si alguno se apartare de lo que tiene mandada la Santa Madre Iglesia ó incurriese en pecado nefando, sea grave y ejemplarmente castigado, y que en ninguna manera reniegue ni blasfeme, que es cosa de que Dios Nuestro Señor es tan ofendido. Las mismas instrucciones se dan á todos los capitanes de navío, pero vos habreis de encomendarlo más en carta, como de cosa tan importante al servicio de Dios Nuestro Señor.»

Hacia la misma época (14) cuatro ó cinco fragatas que se habían enviado de Londres á vigilar las costas de Portugal y España, vuelven á Inglaterra y dan por cierto que la armada española es una de las mayores que el rey y su padre Carlos V juntaron nunca, estando ya lista para hacerse á la mar.

La armada de Felipe constaba al principio de la primavera de ciento veinticinco navíos de guerra, divididos en diez escuadras, á saber:

La de Portugal, almirante, duque de Medina Sidonia, 10 galeones, 2 zabras ó corvetas, 1,300 marineros, 3,300 soldados, 300 cañones;

La de Castilla, almirante, Don Diego Flores de Valdés, 14 galeones, 2 pataches, 1,700 marineros, 2,400 soldados, 380 cañones;

La de Andalucía, almirante, Don Pedro de

(8) Nació en 1550, se casó en 1574 con Ana de Silva y Mendoza, hija del príncipe de Eboli, muere en 1615.

(9) M. Froude padece error, cuando atribuye la elección del duque á la influencia de la princesa, que estaba presa hacia muchos años.

(10) *Doc. inéd.* tom. XXVIII. El cardenal Granvela al duque, 4 oct. 1580. En el momento de partir para Milan lo autoriza á llevar consigo á la duquesa. «La tierra es tal, aunque fría en el invierno, que tengo esperanza que á ambos parecerá muy linda y de mucho gusto.»

(11) *Doc. inéd.* tom. XXIV, pág. 554.

(12) *Ibid.* t. XXVIII, p. 388.

(13) *Ibid.* p. 384.

(14) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 62, del 28 marzo 1588.

Valdés, 10 galeones, 800 marineros, 2,400 soldados, 280 cañones.

La de Vizcaya, almirante, Don Juan Martinez de Recalde, 10 galeones, 4 pataches, 700 marineros, 2,000 soldados, 350 cañones.

La de Guipúzcoa, almirante, Don Miguel de Oquendo, 10 galeones, 2 pataches, 2 pinazas, 700 marineros, 2,000 soldados, 310 cañones.

La de Italia, almirante, Don Martin de Ber-

tandona, 10 navíos, 800 marineros, 2,000 soldados, 310 cañones;

La escuadra de 23 urcas de Don Juan Gomez de Medina, 700 marineros, 3,200 soldados, 400 cañones;

La escuadra de 22 pataches, carabelas y corbetas de Don Antonio Hurtado de Mendoza, 570 marineros, 480 soldados, 193 cañones;

La escuadra de 4 galeazas de Don Hugo de



La Armada invencible. (Copia de un grabado en cobre de F. Hogenberg)

Moncada, 1,660 marineros, 870 soldados, 200 cañones;

La escuadra de 4 galeras de Don Diego de Medrano, 1,200 marineros, 20 cañones (1).

Más de la mitad de estas embarcaciones eran comparables por sus dimensiones á nuestras fragatas de vela (2). Sus cascos estaban revestidos de corazas de madera por encima de la línea de flotación. Las dos mil seiscientos cuarenta piezas de artillería debían estar provistas de ciento veinticuatro mil cargas ó cartuchos; pero

(1) Véase Herrera, t. III, y Hakluyt, *the Principal Navigations*, London, 1599, t. I, p. 591. Obsérvese que cada una de las cuatro galeazas de Hugo de Moncada lleva 415 remeros, 220 soldados y 50 cañones: no es este el lugar de suscitar el problema del trirreme, pero puede notarse que estas galeazas, si bien maniobraban pesadamente, resistían muy bien la mar, pues una de ellas, la *Zúñiga*, hubo de llegar al Havre, despues de 60 días de navegación en el Océano, al remo, sin contar cincuenta días de combates y tempestades.

(2) Jurien de La Gravière, los *Marinos de los siglos XVI y XVII*, t. I, p. 132.

puede creerse que la defraudación se comiera parte de las municiones de guerra, como se comía las de boca. Las tropas de desembarco iban á las órdenes de Don Diego de Bobadilla y comprendían los tercios de:

Sicilia, coronel, Don Diego Pimentel;
Nápoles, coronel, Don Alonso de Luzon;
Indias, coronel, Don Nicolás de la Isla;
Entre Duero y Miño, coronel Don Francisco de Toledo;

Andalucía, coronel Don Agustin Mexía;
Portugal, coronel, Don Gaspar de Sousa;
Y las compañías francas de Castilla la Vieja.

Estos tercios constituían en concepto de Farnesio el *nervio principal* de la expedición (3).

Farnesio, que había recibido la orden de estar preparado para efectuar la reunión de fuer-

(3) Carta del 20 de marzo 1588.